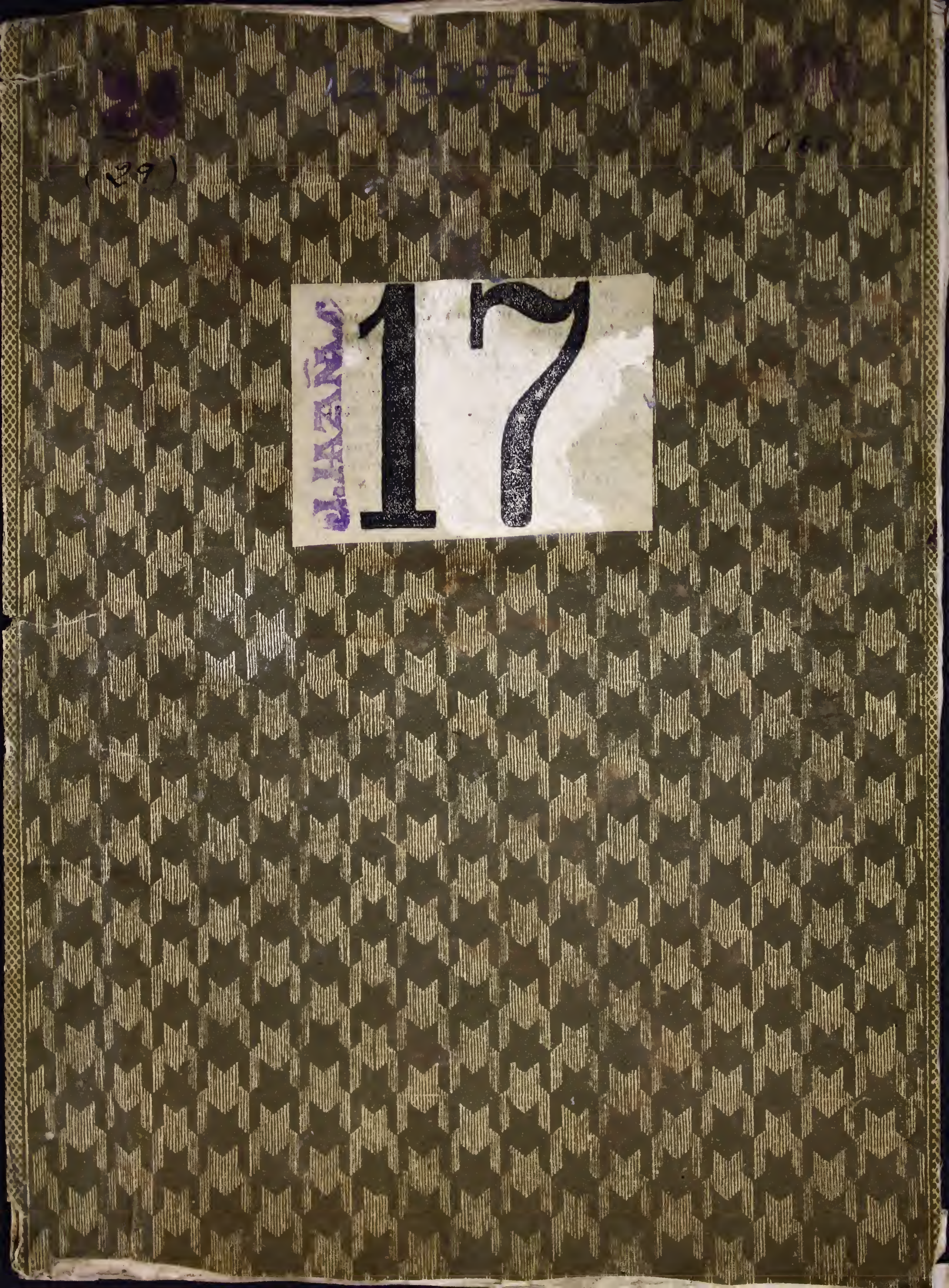

17



HISTORIA

DE ESPAÑA,

PELAYO, Y DON GARCIA

de Aragon

AUTOR

Pliegos 4.



HISTORIA VERDADERA

DE LA PERDIDA, Y RESTAURACION

DE ESPAÑA,

POR DON PELAYO, Y DON GARCIA Ximenez de Aragon.

SACADA DE DON RODRIGO, MORALES, PISA, Juliano, y varios manuscritos antiguos.

SU AUTOR

DON MANUEL JOSEF MARTIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Oficina de Don Juan Rodriguez de la Torre, Calle de la Librerìa.

CAPITULO PRIMERO.

Estado Funesto de España. Reynado de D. Rodrigo, y progresos con la Caba. Pronostico sobre la pèrdida de España. Traza el Conde Don Julian su traicion. Declarase la traicion, y se previenen unos y otros à la pelèa. Batalla grande que se diò donde se perdiò España, y en què parò Don Rodrigo.

CON mil estragos de Religion, y costumbres se hallaba el Imperio de los Godos en España cerca de los años de setecientos y once, no solo por las Parcialidades de los Grandes, que cada qual queria ser Rey de su mano, sino por las malas, y sacrilegas leyes de Witiza, en que negò la obediencia al Papa. Concediò, que cada uno tuviese las mugeres que quisiese, y que los Clerigos se casasen. Sucediò à este malvado Rey, Don Rodrigo, hijo del Infante Theodofredo, y nieto del Rey Chindesvinto, el qual andaba fugitivo de Witiza, que procuraba su muerte; pero tuvo maña como hacerse con gente, y dar contra Witiza; y cogiendole preso, le

sa-

sacò los ojos, y le hizo morir en prision: castigo, que èl merecia por sus maldades, y porque lo mismo habia hecho hacer con Theodofredo, padre de Don Rodrigo.

Entrò à reynar este, y tomò por su Privado al Conde Don Julian, sugeto muy poderoso, y de muchos estados en la Mancha, Andalucia, Africa, y en Portugal. Este tenia una hija, llamada *Caba Julia Florinda* que se criaba por Dama en el Palacio del Rey. Aficionòse à ella el Rey Don Rodrigo, por sus prendas, y hermosura, è intentò hacerla muger suya, lo que tenia al Conde muy gozoso, y à ella bastante alegre. Pero el Rey no cumpliò lo prometido, porque hizo venir de Africa à Egilona, con quien se casò. Quedò la Caba tan sentida de la burla, como picado su Padre del juego de la fortuna. Disimulò, no obstante, uno, y otro agravio, forjando en sus pechos la venganza. Cansòse el Rey de los brazos de su esposa Egilona, y bolviò à mirar con aficion à la Caba. Procuraba atraherla à sì, dandola à entender por señas, y palabras sus pensamientos; y aunque temeròso à los principios despues con bastante desahogo.

Re-

Resistiòse la Caba muy à lo de noble, dandose por desentendida à las señas, y por agraviada à las palabras. Con el mismo brio que rechazò las promesas, despreciò los alhagos, y caricias: y mas, que los recuerdos de la ofensa pasada, en vez de ablandarla, elevaban, y endurecian su voluntad. El Rey, viendo lo firme è inconstante de Florinda, ò la Caba, consiguiò por fuerza lo que no pudo por el alhago. Quedò la Caba hecha toda al dolor, viendose deshonrada, y participò à su Padre lo qne èl habia executado con ella, para que tomase venganza del agravio. Luego que Don Julian recibiò la carta de su hija, en que le participaba la afrenta, saliendo fuera de si, se diò à trazar la venganza, haciendo entonces de disimulado, hasta poner en planta sus trazas, en que sobrevino toda la infelicidad à nuestra España. Bien es que ya algunos Historiadores no atribuyen la causa de perderse España à la afrenta de Florinda: pudo ser si espuela que avivò mas la traycion que ya el Conde Don Julian estaba trazando en Africa por favorecer à los hijos de Witiza, sus sobrinos: todo permision del Cielo por la relaxacion de la Ley Christiana, que

Don

Don Rodrigo proseguia, como su antecesor malvado.

Manifestòse bien en èl aquel pronostico espantoso, que refieren algunos de los Historiadores, que aconteciò en Toledo, cuyo credito es fuerza que se abrace, por los graves Autores que lo cuentan. Habia en Toledo, acia la parte Oriental, entre unas rajadas peñas, una Torre, fundacion antìquisima de Hercules. Esta estaba cerrada con muchos candados, la qual ninguno de los Reyes, se atrevian à abrir, por lo que corria, de que quien abriese aquella Torre habia de perder à España.

El Rey Don Rodrigo se burlaba de estos rumores, persuadiendose, que eran supuestos, para que no se abriese, ni se sacasen los ricos tesoros que en ella estaban escondidos, y asi se determinò à abrir la Torre; y entrando en ella acompañado de algunos, en vez de los tesoros que buscaba, hallaron solo un arca con un lienzo, donde estaban pintados hombres de diversos trages, puestos à caballo, unos con lanzas, y otros con ballestas, coronados los cabellos con tocas alistadas; al modo, que los Arabes, y Moros

Afri-

Africanos, y un letrero en latin, segun el Arzobispo D. Rodrigo, que reducido al Castellano, decia: *Quien abriere los candados de esta Torre, perderà à España.*

Quedaron todos atonitos, y el Rey mucho mas, y mandando cerrar la Torre, encomendòlos no dixesen cosa de lo que habian visto. Todo esto aconteciò antes que el Rey violentase à la Caba. En todo este tiempo el Conde Don Julian trazaba las cosas con el Gobernador Musa: determinò venir à España à verse con el Rey en Toledo, fingiendo algunas diligencias de importancia. Recibiòle el Rey con todas demostraciones de alegria, y como brindandole con nuevas mercedes, temeroso quizà, que le contase la hija lo que yà èl sabia. Todo lo advertia el Conde: con que asiendo mañoso de lo que le importaba, le pidiò el Gobierno de los lugares de Africa, tomando por causa, querer estar à la vista del Moro, para impedirle qualesquier invasiones. Todo se lo concediò el Rey, y mas que le pidiera.

Con esto levantò su casa, y con su muger Frandina se partiò para el Gobierno, dexando para mayor disimulo à su hija Florinda

da en servicio de la Reyna. Antes de partirse conspirò à todos sus aliados, y amigos con el silencio que pedian materias tan arduas, descubriendoles su pecho, y lo afrentado que estaba; y que el designio de irse à aquellas partes, era por pedir ayuda al Moro Musa, para quitarle à Don Rodrigo la Corona, y hacer, que la obtubiesen los hijos de Witiza sus sobrinos. Ofreciòles à todos Titulos, Oficios, Cargos, Gobiernos, y cada uno de por sì le ofreciò acudirles con armas, vida, y hacienda. Llegado el Conde à Africa, luego pasò à verse con Musa, con quien contratò el hecho, en razon de favorecer à los hijos de Witiza. Significòle la buena ocasion que se le ofrecia, para hacerle Señor de todo el Imperio Gotico. Encareciòle la facilidad con que podia conseguirlo, y convidòse, que seria el primero, que dandole su ayuda, correria la Campaña, asegurandole, que todos sus aliados, y parciales habian de acogerse à sus Vanderas.

En tanto que se tramaba, bolviò el Conde à Toledo, con el fin de llevarse consigo à su hija. Fingiòle al Rey, que su muger Frandina quedaba en Africa enferma, y

que

que la ausencia de su hija, y carecer de ella, la agravaba mas la enfermedad, y con sola su vista afianzaba su salud. Sintiò el Rey el haberse de desprender de su Idolatrada beldad: pero huvo de concederlo, con que se la llevò consigo. Todo yà dispuesto, se empezò à tantear la empresa, haciendo algunas correrias, en que se asegurò el Moro de que aquello iba de veras. Aumentose la gente del Conde, y sus aliados, y asimismo la del Moro, y empezò la empresa con todo vigor. Llegò aviso al Rey, y turbado con la novedad, juntò la gente que pudo, y despachò à su sobrino Don Sancho, quien peleò con esforzado valor; pero fue vencido en varias ocasiones, y por ultimo muerto.

Viòse el Rey Don Rodrigo obligado à salir: juntò un grueso Exercito, y en los Campos de Xerez se dieron vista uno y otro Exercito. Trabaron una sangrienta batalla: el Rey andaba de una y otra parte animando à los suyos; pero quando viò que los dos hijos de Witiza, dejando el lado del Rey, se hicieron con los Moros, y demas rebeldes, desmayò mucho. Esta traicion degollò los brios à los que hasta entonces habian andado bizarros. Montò el Rey en un Caballo, è hizo por sì tales bizarrìas, que ti-

tubeò la barbara canalla; mas nada fue bastan para no quedar vencidos los nuestros, y el Moro triunfante. Dia el mas infeliz para España quedandose desde entonces perdida, despobladas sus Ciudades, cautivos sus hijos, saqueadas sus riquezas, bueltas en llando sus glorias, desdorados sus blasones, la Religion por el suelo, la Fe Christiana extinguida, muertos sus Ministros, deshechos sus Santuarios, y derribadas sus Iglesias. O! los daños que acarrea una deshonra.

El Rey Don Rodrigo, que hasta el fin de la batalla peleò valiente, desapareciò en un punto, sin que las ansias del vencedor pudiesen descubrirle, ni vivo, ni muerto. Solo hallaron su Caballo à orillas del Rio Guadalete, y las Insignias Reales, la Purpura, y Corona, sembradas por la arena. Su cuerpo nunca se hallò, salvo lo que cuentan algunas tradiciones, rastreadas de un sepulcro, que se hallò junto à Visèo, Ciudad de Portugal, cuya Inscripcion dice asi: AQUI YACE DON RODRIGO, ULTIMO REY DE LOS GODOS. Dicese, que trocando el Rey sus vestidos con los de un pastor, se fue desconocido al Monasterio de Cauliniana junto à Merida donde confesò sus culpas, y que despues se retiro à la aspera Soledad de Pederneyra en Portu-

ugal; y alli en compañia de un Monge, llama-
lo Romano, hizo penitencia, y acabò su vida.
Este fue el fin de este Rey, bastante dichoso,
pues con penitencia, y llanto curò sus desa-
ciertos.

CAPITULO. II.

Estado infeliz en que se viò España con la entrada de los Moros. Levantase Don Pelayo contra los Moros. Causa de esta sublebacion. Libertase Don Pelayo de un grande peligro.

DExase ahora muy bien entender el triste, y lamentable estado en que quedò consternada la España con su pèrdida, y furiosa invasion de los Moros, por haber entrado esta gente soèz, como executora de la Divina Justicia, para castigar las enormes culpas de los lascivos Reyes. Esta fue la causa de nuestra ruina; y no hay que alegar por causa de la misma el quexarse la Caba de su agravio, sino el haber quebrantado las Sagradas Leyes; pues San Beda, y San Bonifacio, Arzobispo de Maguncia, à los pecados atribuyen la pèrdida de España, no à que la Caba clamase.

To-

Todo el cuidado de los Christianos en es lastimoso tiempo no era otro, que huìr de la fu ria de los Moros, esconder las reliquias, las Sa gradas Imagenes, y Sagrados Libros, acogien dose à las asperezas de los montes: pero com los Moros volaban en el alcance, muchos Fie les no pararon hasta resguardarse detràs de la murallas que formò la Naturaleza en las aspera montañas de Asturias, Vizcaya, Alava, y Navarra; porque en dos años ganaron los Arabes las Ciudades de Osma, Segovia, Palencia, Astorga y Amaya, con los demàs Lugares de la Bardulia, que era la Provincia de Castilla Antigua. Retiraronse, pues, los Christianos, llevando consigo lo mas precioso de las Iglesias, teniendo siempre esperanzas, que se trocarian los tiempos, y hallarian algun alivio, y amparo. Las Imagenes Sagradas, que no podian soportar, las ocultaban en lugares asperos, ò para que con los tiempos las encontrasen los venideros, ò para que aquellos Barbaros no las profanasen.

Referir las grandes vexaciones que entonces padecieron los Christianos, no hay papel para escribirlas, como tampoco el discrimen que padeciò la Religion Catholica. No obstante, harè relacion de algunas por comun, para que se

vea

vea al estado que vino la Christiandad. Esta relacion, aunque comun serà especial, por ser sacada de algunos Manuscritos antiguos.

Por un Privilegio de Albozaen, nieto del Moro Tarif, Governador de Coimbra, y su Partido consta, que los Christianos Mozarabes (esto es, Christianos, que vivian debaxo del dominio de los Moros) pagaban doblado tributo que los mismos Moros. Las Iglesias pechaban veinte y cinco pesantes de buena plata; los Monasterios cinquenta pesantes, y las Cathedrales cien pesantes de la misma plata. Pesante venia à ser la onza, que ahora llamamos peso. Para lo tocante al Gobierno Politico, el Governador Moro nombraba un Conde Christiano en cada Partido, para que sentenciase las causas, segun el Fuero-Juzgo Gotico; pero la sentencia de muerte no se executase, sin que primero pasase ante el Alcayde de los Moros, y por la vista le daban quince pesantes. Intimaron estas leyes: Que si el Christiano injuriaba à algun Moro, el Alcayde Moro conocia *la* entidad de la causa. Si el Catholico incurria en estrupro con Mora, incurria en pena de muerte, sino queria casarse con ella. Si violentaba à Mora casada, quedaba sujeto à pena de la vida. Si el Christiano entraba en al-

guna

guna Mezquita, y si no se reducia al Mahometismo, tenia pena de muerte. A los Sacerdotes se les impedia decir Misa, estando abiertas las puertas de sus Iglesias.

Estos Decretos abrieron la puerta à la malevolencia de los Moros, para que aun sin haber dado motivo acusasen à los Christianos; y asi Theodio, Gobernador de los Chistianos, descendiente del Rey Witiza, en la donacion que hizo al Monasterio de Lorban, dice, que por intercesion del Abad, dos veces fue absuelto de la sentencia de muerte, y que eran muchas las opresiones, y continuos los tormentos, que sufrian los Catholicos. Los Christianos que no permitieron verse sujetos à los Arabes, padecieron inhumanas crueldades. El Padre Venero, y el Padre Prieto, en sus Historias manuscritas de Burgos, citando una Donacion de Don Pedro Primero, Obispo en Castilla, dicen, que por haberse resistido la Ciudad de Oca, mandò Abdalariz Iben Muz, que la entrasen à fuego, y sangre. Pasaron à cuchillo al Obispo, y demàs Eclesiasticos, y la Cathedral reduxeron à cenizas. No fue sola la Iglesia de Oca la que se viò arder en llamas. El Arzobispo Don Rodrigo asegura, que no huvo Iglesia Cathedral, que no

pa-

padeciese ruìna, ò que el fuego no la reduxese à pavesas. Si quedò alguna en pie à los principios, fue para que despues llorasen las piedras al verse profanadas con las soeces ceremonias de los Mahometanos, y al mirarse convertidas en Mezquitas.

Eran por extremo las vexaciones, y burlas que hacian los Moros à los Christianos; porque lo mismo era encontrarlos, que mofarles, y echarles muchas maldiciones. Los muchachos por las calles los perseguian, y con muchos oprobios los auyentaban à pedradas, hasta hacerlos refugiar dentro de sus casas, y aun en ellas no estaban libres. Quando oìan tocar las campanas de las Iglesias, para que recurriesen los Catholicos à los Divinos Oficios, à quantos transitaban à ellos les blasfemaban, y hacian mil irrisiones. A los Sacerdotes, quando llevaban los Difuntos à darles sepultura, è iban, segun costumbre, cantandoles los Responsos, les remedaban, y burlaban, y à veces les hacian huir; dexando el cuerpo difunto solo en la calle, con quien hacian mil insolencias. En fin, en los caminos, si cogian algun Christiano, le trataban malisimamente, le robaban quanto llevaba, y aunque se quexase, era poco atendido. Los Arabes

bes que se preciaban de doctos, escribe Lubio, que ponian grande conato en pervertir à los Catholicos, para reducirlos al Mahometismo.

Las Iglesias, y los Monasterios, no solo padecieron su ruina en la entrada de los Moros, sino que tambien la codicia de los malos Christianos se apoderò de las Iglesias, y Monasterios mas principales; y algunos, que eran detenidos, y timoratos, en su lugar fundaron Iglesias, y Monasterios pequeños, como consta de un Testimonio del libro antiguo de la Iglesia de Braga. Con la libertad, que el Rey Witiza, y prosiguiò el Rey Don Rodrigo, puso à los hijos del siglo, dice un antiguo Escritor, bolvieron las espaldas à los preceptos de la Ley Evangelica; y à los Decretos de los Sagrados Canones, haciendo poco caso de la doctrina, que les daban los Prelados zelosos, y demàs Ministros de la Iglesia; y asi llegò à dominar en ellos en tanto grado la codicia, en usurpar los bienes agenos, y apoderarse de las Rentas Eclesiasticas, que llegaron à cerrarse muchas Iglesias. Y por ultimo, los malos, y perversos Christianos con la compañia iniqua de los Moros, llegaron à perder de todo punto el Santo temor de Dios, con que à què extremo llegaria la infeliz, y desdichada España?

Al

Al quarto año, despues que el Rey Don Rodrigo fue derrotado, que le cuentan algunos el año de 718. y otros el de 717. estando las cosas de España en tan miserable estado, estaba retirado con los demas Españoles en Asturias Don Pelayo, Principe valeroso, hijo del Duque Fafila, ò Favila, nieto del Rey Chindasvinto, primero, y Page de Lanza del infeliz Don Rodrigo. Este, favorecido de Dios, y asistido de algunos valerosos Soldados, como de otros Señores, levantò Vandera contra los Sarracenos, y fue aclamado Rey de la manera que dirè.

Tenia Don Pelayo una hermana muy hermosa, à quien deseò haber por muger un Governador de la Region de Gijon, en las Asturias llamado Munnuza, ò Numacio: unos dicen, que era Moro, y otros, que Christiano renegado del vando de los Arabes. Este, para conseguir su intento, se hizo muy amigo de Don Pelayo, y le embiò debajo de salvo conducto à Cordoba con embaxada al Gobernador Tarif. En este medio (que sin duda se valiò de esta embajada, para lograr sus fines) hubo en su poder à la hermana de Don Pelayo: si por fuerza ò à titulo de matrimonio, no se averigua:

solo que quando bolviò Don Pelayo sintiò m
cho esta afrenta, y se llevò con disimulo à
hermana à lo mas lejos de las Asturias, don
en este sentimiento, y el comun de vèr la i
felicidad de los Moros, porque en las Ciud
des donde habian entrado, no dexaban mu
res casadas, ni doncellas, para usar de ellas à
gusto, unas por amigas, otras por esclavas,
guardando pacto, ni concierto de lo que habi
prometido, padeciendo los Christianos la m
yor miseria, y esclavitud que se podia pens
martyrizandolos cada dia, por obligarlos à
guir su falsa Secta: con esto se determinò
buen Principe à hacer quanto pudiese por ve
gar estas injurias.

Munnuza, luego que echò menos à D
Pelayo, y à su hermana, como burlado de
que habia hecho, fingiendo mil embustes c
tra èl, avisò con presteza al Gobernador Ta
afeando mucho los hechos de Don Pela
Mandò Tarif, que le prendiesen, y traxesen
Cordoba. No se descuidò de hacer esta dilig
cia Munnuza: embiò luego à prender à Don
layo, el qual avisado, se huyò atravesando
rio, que venia muy crecido, llamado Pionia,
ahora Bueña. Ibanle siguiendo bastantes Sol
dos,

dos, y el viendose entre ellos, y las furiosas corrientes, dando de espuelas al Caballo, se arrojò al agua, y pasando libre al otro lado, dejo burlados à los que le seguian, no atreviendose ellos à hecer otro tanto.

CAPITULO. III.

Lebanta Don Pelayo Vandera, se le agregan varios Christianos. Hacenle Rey. Viene contra èl un formidable Exercito, y prodigios que Dios obrò en su defensa. Dà gracias à Dios de la victoria. Funestas muertes, de Don Julian, los hijos de Witiza, el Obispo Oppas, muger, è hijo de D. Julian. Tòma de Toledo. desastres y crueldades, que obraron en ella los Moros, y muerte desastrada de Munnuza, Gobernador de Gijon.

VIendo Don Pelayo su manifiesto peligro, y quanto le convenia guardarse, y defenderse, determinò lebantar Vandera, tocar Caxas, hacer gente, y probar su ventura. Llegaronsele muchos Christianos, que todos deseaban lo mismo; à los quales con santas amonestaciones les puso en los animos nuevo esfuerzo, y de-

deseo de libertad, como tambien de tomar ven
ganza de los agravios hechos à la Nacion Espa
ñola, Religion Christiana, su Iglesia, y à Dio
Todos los que estaban presentes, con lagrima
de gozo, y encendidos en ira, y zelo santo, de
seaban yà verse en ocasion de poner en execu
cion sus deseos; y para hacer esto con ma
acuerdo, se fueron à una montaña llamada Ausev
sobre el Valle de Cangas, donde habia una Cue
va para poderse recoger, que està en una peñ
rajada, y en lo muy alto de ella tenia la boca
manera de una ventana, à la qual se entraba co
grande dificultad, y peligro de despeñarse. Lla
mòse *Covadonga*, y hoy se llama *Santa Mari
de Covadonga*, por el Santuario que alli existe.

Esta fue la Fortaleza que tomò Don Pe
layo, y los suyos. Puso en ella las armas qu
pudo, y mantenimiento, por si fuese cercado
La gente que con èl estaban eran hasta mi
hombres, y todos de comun acuerdo le nom-
braron Rey. Los Moros, que supieron lo que
pasaba, acudieron luego al remedio con un grue
so Exercito. Vino un Capitan llamado Alcama
Maestro de la Milicia Morisca, y con much
gente asi de Moros, como de Christianos, d
los quales seguian la parte del Conde Don Ju
li-

lian, y con ellos el Obispo Oppas. Llegaron donde estaba Don Pelayo, y su gente; y visto el lugar tan fuerte, determinaron hacer con maña lo que à su parecer no podian con fuerza. Llegose muy cerca Don Oppas, y pidiò à Don Pelayo se llegase, que tenia que hablarle. Era persuadirle, que se rindiese, porque era cierto que habia de ser vencido con tanta gente como le tenian cercado, que le ofrecian perdon, y tierras en que vivir, y que no quisiese morir desesperadamente en manos de quien no le guardaria ninguna misericordia, sino que antes moriria, como otros rebeldes, y obstinados. A todo esto respondiò el valeroso Principe, concluyendo su respuesta, que habia de morir, ò vencer.

Con esto los Moros comenzaron por todas partes à acometer la Cueva, arrojando saetas, piedras, y dardos, que parecia lluvia. El socorro y defensa fue de Dios, y de todos los Santos de España, que milagrosamente se viò, que las saetas, y piedras, con los dardos, se bolvian contra los Moros. Visto este milagro por los Christianos, y que tenian de su parte à su Dios, salieron de la Cueva Don Pelayo, y los suyos; y advirtiendo, que el Cielo peleaba por ellos, acometieron à los contrarios de tropel, y

sin

sin orden los quales atemorizados bolvieron las espaldas: mas siguiendoles el alcance los Catolicos, mataron hasta veinte mil Moros. El Obispo Sebastiano, y otros aun ponen mayor numero. Aconteciò asimismo otro milagro, que huyendo el resto del Exercito, cerca de la Villa de Onis, una montaña, que estaba cerca del rio Deba, se arrancò, y fue causa, que un numero de los Barbaros pereciese n, y fuesen sepultados. Espanta la multitud que la peña tomò debaxo; porque el referido Obispo dice, que murieron sepultados hasta sesenta mil: numero, que parece increible: pero ademàs de este Autor, aseguran lo mismo Ambrosio de Morales, y el Doctor Pisa.

Don Pelayo, agradeciendo à Dios esta gloriosa victoria, hizo una Iglesia inmediata à la Cueva que hoy se llama *Nuestra Señora de Covadonga.* Quando supieron los Moros esta gran pèrdida, y derrota de los suyos, creyendo, que el Conde Don Julian, y los hijos del Rey Witiza, habian sido causa de aquel destrozo, por algun concierto secreto, que con el Principe Don Pelayo tenian, luego los degollaron, y tomaron quanto tenian ; y hay quien diga que en Ceuta, donde estaban la muger, y un hi-

hijo del Conde Don Julian, fueron despeñados por los Christianos, luego que supieron la victoria de Don Pelayo, y la muerte de Don Julian. No executaron lo mismo con la Caba, ò Florinda, por que habia muerto.

El Arzobispo Oppas fue preso, y perdiò luego la vida, y hay quien dice, que este fue castigo de lo que merecia; pues asi en adelante, como en la toma de Toledo por los Moros hizo mucho con ellos, para que fuese cogida, y no menos para que los Christianos, Iglesias, y Monasterios padeciesen. Porque como los Moros proseguian cogiendo varias Ciudades, llegaron à la Capital, que era Toledo, y la cogieron. Consintieron los Moros, que quedasen à los Christianos solo seis Templos, exceptuando el Templo Mayor, que era la Sede Cathedral, que la querian para Mezquita Mayor. Los demàs, que fueron 28. los destruyeron, profanaron, è hicieron Mezquitas. Las Iglesias que quedaron para los Christianos, fueron la de Santa Justa, San Torquato, Santa Lucia, San Marcos, Santa Eulalia, y Santa Leocadia, intra muros, cuyos Christianos se llamaron Muzarabes.

Muchos Ciudadanos de Toledo, temiendo la crueldad de los Moros, desampararon la Ciudad,

dad, y otros padecieron diversos, y crueles martyrios por la Fè, consintiendo à ello el iniquo Oppas. Juliano refiese cumplidamente lo que pasò en el Cerco, y condiciones con que se entregaron los Toledanos, que fue à 25. de Mayo del año de 719. habiendo estado despues poseida de vil canalla Morisma 376. años. Quando los Moros cogieron la Ciudad, padecieron martyrio muchos; y entre ellos, dice este mismo Autor, que murieron à manos de los Moros David, Paulo, Sicemunco, Severiano, Naucio, Triserico, Theodulos, pariente, de San Ildefonso, y otros muchos; mas todo se executò, *vidente, & approbante, ut creditur, maledicto Oppane.* Esto se hizo à vista, y aprobacion del Oppas. Maldito llama Juliano à Oppas, Arzobispo intruso, que tuvo parte, y consintiò en tantas calamidades, y trabajos como se han referido; y asi muriò como merecia, y el Conde Don Julian, su muger, è hijo, con los Witizas, castigo que se les debia en pena de sus traycciones, y maldades.

El Gobernador de Gijon Munnuza, tambien tuvo su merecido; pues noticioso de la gran batalla, y portentosa derrota de los suyos; dejando el Gobierno, echò à huir; pero los nues-

nuestros le cortaron el paso en una Aldèa, llamada Olalles, tres leguas de Oviedo, y sus naturales, saliendo con chuzos, y palos, acabaron con èl miserablemente: de modo, que no quedò en Asturias Moro à vida, que todos fueron muertos, y los que se pudieron libertar de la muerte, huyeron apresuradamente, y por caminos desconocidos, y que no fueron vistos.

CAPITULO. IV.

Segunda batalla de Don Pelayo con los Moros, en que los vence. Queda sosegado Don Pelayo, y se dedica al Gobierno de sus conquistados Estados. Su muerte. Levantase Don Garcia contra los Moròs, y toma à Ainsa. Viene contra él un poderoso Exercito de Moros, y los vence con poca gente milagrosamente. Aparicion de la Santisima Cruz. Bula de Confirmacion, que el Papa embiò à los dos, Don Pelayo y D. Garcia, de Reyes.

A La fama de la milagrosa victoria acudieron muchos Christianos à reconocer à D. Pelayo por su Rey, y ofrecerse à su servicio, con que aumentò en grande manera su gente, y

D se

se fue apoderando de las Asturias, sin poca,
ninguna contradicion; porque con la derro
pasada quedò el Moro muy escarmentado, y
ganas de volver à nueva pelea por entonc
Creese, que consiguiò otras victorias, aunq
los Historiadores no las dexasen apuntadas; po
que le fue forzoso combatir varias Plazas,
Gobiernos que tenian los Moros en las Asturia
donde en algunas hicieron bastante resistenci
mas en otras poca. Don Pelayo, luego que co
siguiò la principal victoria, fue sobre Gijon, y
fuerza de armas la asolò, y puso por el suel
en memoria de haber sido el lugar donde Mu
nnuza le deshonrò à su hermana y cometiò
traycion. De la Infanta no se escribe en q
parò: se cree, que con tan buen abrigo, com
el del Rey su hermano, pasaria dada à buenos,
virtuosos exercicios.

Poblò despues Don Pelayo à Pravia,
mandò edificar el Monasterio de Santa Eulal
de Belamio, empleando alli muchos de los de
pojos, y riquezas, que habia cogido à los M
ros, y en accion de gracias por la victoria co
seguida. Insistian no obstante los Moros en pe
seguir; pero al fin viendose una, otra, y ot
vez rechazados, y con pèrdidas considerable

ofre-

ofrecieron à Don Pelayo una suspension de armas, mediante un tributo annual muy moderado: condicion, en que consintiò el Infante, pareciendole, y con razon, que no era poco ganar en aquellas circunstancias; porque andaban en su campo los viveres tan escasos, que aun los del mayor espiritu discurrian, y votaban por la necesidad de capitular.

No era la intencion de los Barbaros dexar por mucho tiempo à Don Pelayo en la quieta posesion de su conquistado Estado, sino de bolver luego sus armas contra èl, y destruirle del mundo. Pero en medio de eso, aprovechòse Don Pelayo de la tregua para fortificarse, disciplinar su gente, y animarla con estos sucesos, y prevenirse de viveres: lo qual le hizo muy al caso; porque los Moros distribuyeron al pie de quarenta mil hombres en las cercanìas de Asturias, con orden de contener à los Pueblos reducidos, y de observar los movimientos de Don Peleyo. Mas viendo los Mahometanos, que el Principe se atrincheraba, que cada dia se iba engrosando mas el numero de sus tropas, y que se declararon por èl todos los Montañeses desde los Pyrineos hasta Galicia, resolvieron atacarle, en la disposicion de sorprenderle. Pero le hallaron

tan

tan prevenido, que no solo sufriò la carga c
intrepidez, sino que rechazò à los enemigos c
tanto valor, que dexò tendidos veinte mil cad
veres en el campo de batalla, pereciendo l
demàs yà en los principios, y yà en los de
laderos.

Con tales escarmientos tubieron à bien l
Moros dexar à Don Pelayo; porque llegar
por entonces à tomarle miedo, con que que
sosegado este Principe, ocupandose en po
en forma todo lo que habia restaurado. Cas
asimismo con Gaudiosa, de quien tuvo à Fa
la, y à Hermesenda, muger, que fue de I
Alonso Primero. Muriò este gran Principe R
taurador à 18. de Septiembre del año 737.
Cangas de Onis. Fue sepultado à la puerta
la Iglesia de Santa Eulalia, que èl habia ed
cado, y graves Autores dàn à este Rey tit
de Santo.

Asi como Dan Pelayo tuvo en sus pri
pios milagrosas victorias, tambien las tuvo
Rey Garcia Ximenez, el qual con el nuevo
tulo de Rey de Navarra, y Aragon, vistie
de animo, y fortaleza, para debelar à los M
Juntò su gente, que los que mas, se alargar
numero de seiscientos: mas asegurados con
bue

buenos deseos, y la justa causa que llevaban, mas que en las fuerzas y poder humano, confiaron en el Divino. Fueron sobre Ainsa. Como llegaron impensadamente, la combatieron, y tomaron con grande terror, y espanto de los Moros, tanto mayor, quanto era el descuido con que estaban, y sin pensar, que los Christianos pudiesen acaudillarse, ni hacer guerra por aquellas partes, que todos se habian subido à los montes Pyrinèos. Esta victoria, como primera, y de tanta importancia, causò à los Christianos tanto gozo, y deseo de continuar la guerra, y conquistas, como lo habian acordado: pero quando los Moros supieron esta pèrdida, fundaron todo su poder para recobrar à Ainsa.

El Rey Don Garcia diò gracias à Dios, y ordenò se dixese Misa, y renovarse el culto Divino en aquella nueva poblacion. Reparò asimismo los muros, y saliò al encuentro à los Moros con la gente que pudo recoger, que à la fama de la victoria pasada era yà mas en numero, aunque mucho menos en comparacion de los Moros que venian sobre ellos. Quando el Rey, y los suyos vieron tan numeroso Exercito de Barbaros perdieron el animo, y esperanza de vencer; y pareciendoles no tener otro remedio,

se

se aparejaron para morir , encomedandose à Dios , de quien les podia venir el socorro , y favor en tan grande necesidad , y evidente peligro; y asi implorando el Divino auxilio , y al glorioso San Juan , en cuya cueva habian tomado la resolucion de la conquista , y hecho su eleccion , como los Asturianos en la de Covadonga, levantando sus ojos al Cielo , de donde esperaban el favor en el presente trabajo , viò D. Garcia , y tambien los suyos sobre un roble una Cruz resplandeciente , y como si en ella oyeran la voz que del Cielo oyò Constantino el Magno : *In hoc Signo vinces.*

Animados con la Celestial Señal , como si se vieran vencedores, dieron con tanto impetu, y furia contra los enemigos , que el acometer, y vencer , todo fue uno. Murieron infinitos Moros , y cogieron grandes , y muchos despojos. Quedaron los Mahometanos desde entonces atemorizados , y sin ganas de bolber à pelear con los Christianos ; con que asi Don Garcia, como Don Pelayo fueron constituidos los primeros Reyes de España , y los primeros restauradores de ella , y que dieron principio à expeler de nuestros Reynos tan soez , y perversa canalla como los Moros.

Lle-

Llegò à noticia de nuesrro Santisimo Papa San Gregorio II. la restauracion de estos dos Catholicos, y valerosos Principes, y enviò una Bula aprobando la eleccion que los Asturianos hicieron en Don Pelayo, y los Navarros en D. Garcia. Merecido blason para estos Christianisimos Reyes: pues abrieron el camino à sus Subcesores, para recuperar todo lo perdido por los Godos, y si bien se advierte, esta pèrdida diò ocasionalmente à España el supremo lustre. Sin tanta fatal ruina no se logràra Restauracion tan gloriosa. Quanta sangre derramò el cuchillo Agareno en estas Provincias, sirviò à fecundarlas de palmas, y laureles. Ninguna Nacion puede gloriarse de haber conseguido tantos triunfos en toda la larga carrera de los Siglos, como la nuestra logrò en ocho que se gastaron en la total expulsion de los Moros. No se recobro palmo de tierra, que no costase una hazaña. No se podia adelantar un paso, sin que las manos abriesen camino à los pies. No habia otra senda, que la que rompia la punta de la lanza. Y en fin, no habia movimiento sin peligro; no habia peligro sin combate, y por el número de los combates se contaban las victorias.

Bien es verdad, que interpuso la Omnipoten-

tencia muchas veces en nuestro favor extraord narios auxilios: pero este es nuestro mayor bla son. Tan unidos estaban los intereses del Ciel y los de España, que en los mayores ahogos d España se explicaba como auxiliar suyo el Ci lo. Què grandeza iguala à la de haber visto l Españoles à los dos Celestes Campeones, San tiago, y San Millan, mezclados entre sus E quadras? Era el empeño de la guerra de Esp ña comun à la triunfante Milicia del Empyre porque juntandose en los Españoles los dos m tivos del amor de la libertad, y zelo de la rel gion, quanto para sì ganaban de terreno, tanto aumentaban al Cielo de culto.

F I N.

[illegible] de España

[illegible] favor extra[illegible]
[illegible] nuestro mayor [illegible]
[illegible] los aciertos del [illegible]
[illegible] mayores ahogo[illegible]
y las de España, [illegible] en [illegible] mayores [illegible]
España [illegible] singular suyo el [illegible]
la [illegible] à la de haber visto
Españoles [illegible] Campomanes, [illegible]
[illegible] y San Millan [illegible] entre sus
[illegible] el [illegible] de [illegible]
[illegible] la triunfante [illegible] del Emp[illegible]
[illegible] los Españoles los do[illegible]
[illegible] libertad, y zelo de [illegible]
[illegible] de ser en[illegible]
[illegible] el Cielo
[illegible]

F I N.

